

EL BONAPARTISMO, O LA «DICTADURA DEMOCRÁTICA» MODERNA

BONAPARTISM, OR THE MODERN «DEMOCRATIC DICTATORSHIP»

Nere Basabe*

Universidad Autónoma de Madrid, España

RESUMEN: La inusitada repetición en Francia de dos Imperios surgidos de la dinastía de los Bonaparte a lo largo del siglo XIX dio origen a una corriente ideológica y una cultura política propia que, en opinión de muchos, alcanza incluso hasta nuestros días. Pese a su especificidad histórica y la dificultad de su conceptualización, el bonapartismo reunía una serie de características de radical novedad: forma por excelencia de la dictadura moderna, modelo de tránsito entre las antiguas monarquías absolutistas y los totalitarismos contemporáneos, el bonapartismo se presenta así como una curiosa combinación de autoritarismo político-militar pero legitimado por un fuerte apoyo de base popular y plebiscitario, que vino a dar al traste con la tipología de las formas clásicas de gobierno, y contribuyó paradójicamente en el proceso de democratización de las nuevas sociedades de masas.

PALABRAS CLAVE: bonapartismo, imperialismo, cesarismo, Francia, dictadura, democracia.

ABSTRACT: *The unusual repetition in France of two Empires that emerged from the Bonaparte dynasty throughout the 19th Century gave rise to a particular ideological current and a new political culture that, according to many, reaches even our days. Despite its historical specificity and the difficulty of its conceptualization, Bonapartism had a series of characteristics of radical novelty: form par excellence of the modern dictatorship, a transit model between the former absolutist monarchies and contemporary totalitarianism, Bonapartism presents an odd combination of political-military authoritarianism legitimized, though, by strong popular and plebiscitary support. It came not only to disrupt the typology of classical forms of government, but it also contributed to the process of democratization in the contemporary mass societies.*

KEYWORDS: *Bonapartism, Imperialism, Caesarism, France, Dictatorship, Democracy.*

* **Correspondencia a / Corresponding author:** Nere Basabe. Departamento de Historia Contemporánea. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Autónoma de Madrid. Campus de Cantoblanco (28049 Madrid) – nere.basabe@uam.es – https://orcid.org/0000-0002-7310-0139

Cómo citar / How to cite: Basabe, Nere (2021). «El bonapartismo, o la “dictadura democrática” moderna», *Historia Contemporánea*, 67, 833-865. (https://doi.org/10.1387/hc.21470).

Recibido/Received: 2020-02-07; Aceptado/Accepted: 2020-04-29.

ISSN 1130-2402 - eISSN 2340-0277 / © 2021 Historia Contemporánea (UPV/EHU)



Esta obra está bajo una Licencia

Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional

I. Introducción: un concepto polisémico

La modernidad política en Francia es probablemente más deudora de sus imperios que de sus revoluciones. Corriente fundamental de la vida política francesa del siglo XIX, el bonapartismo sería una tradición para algunos ya difunta¹, y para muchos, una sombra alargada sobre el imaginario colectivo, el entramado político e institucional y las tentaciones populistas y autoritarias de la vigente V República, aún reconocible en las figuras presidencialistas de Charles de Gaulle, Nicolas Sarkozy o incluso Emmanuel Macron².

En tanto que fenómeno histórico, el bonapartismo aparece necesariamente vinculado a los dos imperios napoleónicos (1804-1815 y 1852-1870) que jalonaron el siglo XIX. Porque si bien la extraordinaria figura de Napoleón tuvo mucho de única, la repetición a manos de su sobrino Luis-Napoleón de la secuencia histórica en la que una monarquía es derrotada por una gran revolución, cuyo gobierno republicano es depuesto a su vez mediante un golpe de Estado para erigirse un Imperio más represivo aún que la monarquía previa, era un fenómeno insólito en la historia que mereció la atención tanto de los testigos de su tiempo como de teóricos posteriores. A esta repetición precisamente se refiere una de las citas más famosas de Karl Marx, aquella de la historia como tragedia y como farsa³.

Semejante novedad y reincidencia llevó a la necesidad de una conceptualización del bonapartismo como un nuevo y distinto tipo de régimen político, a pesar de las dificultades conceptuales y controversias que tal empeño suponía. Asociado al imperialismo, la dictadura o el cesarismo, y en una verdadera batalla por su significado entre partidarios y detractores,

¹ Bluche, 1984, p. 7, fecha su acta de defunción en la crisis del 16 de mayo de 1877 (pulso presidencial del mariscal Mac Mahon con el parlamento republicano), y sólo reconoce después de esa fecha «algunas corrientes tardías, apenas falsificaciones, semejanzas fortuitas desprovistas de toda significación», por lo que debería ser tratado siempre desde una perspectiva exclusivamente histórica (p. 10).

² Rémond no duda en establecer paralelismos con el gaullismo (1968, pp. 366-384). Al regreso del bonapartismo en la derecha francesa apuntan los trabajos de Losurdo (1993), Lindenberg (2006) o Glikman (2013, p. 538); autores como Hewlett (2007, pp. 405-407), Duhamel (2008 y 2015), Cogan (2010) o Fontana (2015) señalan directamente al bonapartismo de Sarkozy, y Dona (2018) extiende esa influencia a la presidencia actual de Macron.

³ «Hegel observa en alguna parte que todos los grandes hechos y personajes de la historia universal acontecen, por así decirlo, dos veces. Olvidó añadir que, una vez, como tragedia, y la otra, como farsa» (Marx, 2003, p. 31).

el bonapartismo moderno vino en todo caso a redefinir las formas clásicas de gobierno vigentes desde los tiempos de Aristóteles.

La dificultad de su conceptualización alcanza hasta nuestros días, con fórmulas híbridas y paradójicas como aquella temprana de «dictadura encadenada» por parte de François Pietri (alejada de la mística del caudillo y sometida a la prerrogativa parlamentaria), una «dictadura modernizadora» (Magraw) o «régimen burocrático-autoritario» en palabras de Víctor Pérez Díaz, un «absolutismo democratizado» a medio camino entre la monarquía militar y la base popular según Bluche, capaz de aunar los legados opuestos del Antiguo Régimen y la Revolución, o un régimen «posrevolucionario» y «posdemocrático» en la caracterización más reciente de Richter y Baehr, por citar sólo algunos de los ejemplos más sobresalientes⁴.

La controversia alcanza igualmente a la hora de situar el bonapartismo en el espectro ideológico. En su obra ya clásica *Las Derechas en Francia*, René Rémond sostenía que en la tradición francesa confluyen tres corrientes principales: la orleanista liberal-conservadora, la contrarrevolucionaria legitimista y tradicionalista, y la bonapartista, precursora del nacionalismo autoritario⁵; Bluche, por el contrario, justifica una «definición centrista» del bonapartismo, por su posición de «vía intermedia» entre el absolutismo del Antiguo Régimen y el jacobinismo revolucionario, su legitimidad compuesta (dinástica y democrática al mismo tiempo), así como por la evolución del propio sistema y la doctrina, o por su esfuerzo de conciliación entre los intereses del trabajo y los del capital⁶. Y, más recientemente, Gilles Candar no ha dudado en consagrar un capítulo a «La memoria de un bonapartismo de izquierdas» en su *Historia de las izquierdas en Francia*⁷.

Jano político (Maurice Duverger) más que ningún otro, epítome de los dos imperios napoleónicos en los que la sociedad civil y las instituciones representativas quedaron subordinadas a una fuerza político-militar de carácter personalista, el bonapartismo aparece así ante nuestros ojos como un concepto político, una ideología o acaso mera «opinión sentimental

⁴ Pietri, 1955; Pérez Díaz, 1978, p. 112; Magraw, 1983, pp. 159-205; Bluche, 1984, p. 38; Baehr y Richter, 2004, pp. 2 y ss.

⁵ Rémond, 1968, p. 22.

⁶ «En busca de una síntesis equilibrada (...), la democracia cesarista y autoritaria, por serlo, no podría clasificarse como derechista» (Bluche, 1984, pp. 182, 41-43, pp. 151, 155, etc.).

⁷ Candar, 2005, pp. 152-160.

antes que un partido»⁸; una cultura política propia en todo caso del siglo XIX francés, en la que la preeminencia del poder y la gloria militar, el culto personalizado a la autoridad, la burocracia, el antiparlamentarismo, el orden público, la unidad de la nación y su centralización en un Estado fuerte, pero también la igualdad civil, el sufragio universal masculino, la movilización popular, la modernización y las preocupaciones sociales destacaron como sus rasgos principales. Fruto paradójico de las olas revolucionarias y democratizadoras, constituye una forma inédita de gobierno en la Francia contemporánea, a medio camino entre las monarquías absolutas del siglo XVIII y los totalitarismos del siglo XX, y un elemento crucial para entender la nueva política de masas.

II. La «dominación ilegítima»⁹: del despotismo clásico a la dictadura moderna

La historia del bonapartismo comienza después de Bonaparte. A su regreso del exilio de Elba, «Napoleón ya no reconocía a sus partidarios: es que habían inventado un nuevo bonapartismo (...) ya no es el amo de su doctrina. Sus adictos [*sic*] la han modificado»¹⁰. El término «bonapartismo» empieza a circular de hecho sólo a partir de 1815, y lo hará en su primera acepción con una forma tan peyorativa como categórica:

El *Bonapartismo*, del que algunos hombres apasionados y amargados quisieran hacer un nombre de partido y un título de proscripción (...), es, en su definición más exacta, un sistema de terrorismo, de despotismo absoluto, de ahogamiento de toda libertad, de destrucción de toda garantía social, una cruel experiencia...¹¹

La propaganda monárquica restauradora cargó ciertamente contra el bonapartismo, pero lo hizo identificándolo con el jacobinismo. Desde el lado liberal, contrariamente, se señalaba la similitud del bonapartismo con los *ultras* por su monarquismo soterrado:

⁸ Bruyère-Ostells, 2013, p. 1.

⁹ Richter, 1982, p. 185.

¹⁰ Bluche, 1984, pp. 45 y 52.

¹¹ Jullien, 1815, p. 12.

¿Cómo no pensaron en 1815 en vincularse a todos esos Napoleónicas, esclavos por naturaleza, que no ansían más que plazas, honores, dotaciones, y a los que habrían ganado fácilmente con dotaciones, honores y plazas? Habrían resultado para los *ultras* aliados preciosos, puesto que eran más expertos que ellos en negocios e intrigas maquiavélicas.¹²

La radical novedad del Imperio y sus contradicciones, al presentarse como heredero de la Revolución a la par que reclamaba una legitimidad dinástica¹³, fue lo que condujo a estas primeras calificaciones paradójicas: el Primer Imperio se resistía a ser clasificado según los modelos de las formas clásicas de gobierno descritas por Aristóteles, Polibio o Montesquieu. Benjamin Constant fue el primero en tantear una nueva conceptualización, al hablar de «*usurpación*» para referirse a esa especie de monarquía de nuevo cuño, no legitimada por la tradición, pero que resultaba peor incluso que las pasadas tiranías y despotismos, pues su penetración y control de la sociedad se daba de forma más intensa: «El despotismo prohíbe toda forma de libertad; la usurpación, para motivar el derrocamiento de aquello a lo que reemplaza, necesita sus formas; pero al ampararse en la libertad la profana»; el despotismo permitía al menos permanecer en silencio, pero la usurpación condenaba a pronunciarse a su favor¹⁴.

Su compañera Germaine de Staël, en su obra póstuma *Considérations sur la Révolution Française* (1818), habló en cambio de «despotismo militar»¹⁵: el gobierno de un individuo que, tras usurpar el poder de un gobierno representativo y constitucionalmente elegido mediante la fuerza, establece un régimen autoritario, altamente centralizado y no representativo, anulando las libertades previas pero en el nombre de una legitimidad que se pretende democrática¹⁶. Montesquieu, sin embargo, había caracterizado el despotismo como un anacronismo ajeno al estado actual de la civilización europea¹⁷, y Constant y Mme. de Staël compartían su optimismo con respecto a la pronta extinción de toda posibilidad de semejante poder «usurpador» en la nueva sociedad comercial, liberal y pacífica.

Su excepcionalidad, la combinación histórica única de un carisma inigualable con habilidades militares y administrativas extraordinarias,

¹² *Avis au libéraux, par un libéral*, 1818.

¹³ Lyons, 2000.

¹⁴ Constant, 1814, pp. 89 y 93.

¹⁵ Staël, 1830, pp. 57 y 206.

¹⁶ Richter, 2004, p. 86.

¹⁷ Conf. Richter, 2007.

se vio sin embargo cuestionada cuando, cincuenta años después, su sobrino, al que todos juzgaban infinitamente menos capaz, logró emular la gesta y establecer, primero como presidente democráticamente elegido y después mediante un autogolpe de Estado, un Segundo Imperio: Napoleón III encarnaba así la primera dictadura moderna, convirtiéndose en un modelo para el futuro y despertando entre los teóricos la cuestión perentoria acerca del significado de la repetición de un patrón que inicialmente fue juzgado irrepetible. Entre todos ellos destacan sin duda Tocqueville y Marx a la hora de analizar, en el medio siglo, ambas experiencias (el primero tratándolas como el mismo fenómeno y el segundo como radicalmente opuestas), y dar con sus reflexiones forma definitiva a la noción de «bonapartismo».

Alexis de Tocqueville fue el primero en ofrecer una verdadera sociología política de este tipo de regímenes opresivos que podían surgir en el seno de las sociedades democráticas: «De las entrañas de una nación que acababa de derrocar a la monarquía, surgió de golpe un poder más extendido, más minucioso, más absoluto que cualquiera que hubiera ejercido ninguno de nuestros reyes»¹⁸. Renunciando a acuñar neologismo alguno, se contentó con adjetivar este nuevo tipo de despotismo como «de la mayoría», «administrativo», o «despotismo democrático»¹⁹, en el que la masa confusa, sin clases ya ni distinciones, es reconocida sólo por su soberano que sin embargo les priva de toda capacidad de autogobierno; porque la revolución no tenía por qué llevar necesariamente a la libertad, y bien podía desembocar en la tiranía de uno solo²⁰: «Siempre he creído que esa especie de servidumbre (...) podría combinarse mejor de lo que se imagina con algunas de las formas exteriores de la libertad y que no le sería imposible establecerse a la sombra misma de la soberanía del pueblo»²¹.

¹⁸ Tocqueville, 1860, p. 333.

¹⁹ Aunque en una nota a la *Democracia en América* apunta: «Esta palabra de *despotismo* resulta un poco desafortunada, porque su sentido antiguo no responde exactamente al nuevo que quiero darle» (2010, p. 1148, nota b); «Las antiguas palabras de despotismo y de tiranía no le convienen. La cosa es nueva, hay que tratar de definirla puesto que no puedo darle un nombre» (p. 1151). «Despotismo administrativo»: p. 1157, etc. El capítulo VI de la 4.^a parte de la *DA II* lleva por título «Qué especie de despotismo deben temer las naciones democráticas», y en un borrador inicial se titulaba «Cuál sería el carácter del despotismo militar si llegase a establecerse en un pueblo democrático».

²⁰ Tocqueville, 1860, p. 262 y 1951, vol. III, p. 467.

²¹ Tocqueville, 2010, p. 1154.

En el diagnóstico de Tocqueville sobre los peligros de la democracia, el individualismo, el materialismo, la centralización gubernamental, la preferencia de la igualdad sobre la libertad, y la aceptación general de una soberanía popular ilimitada podrían finalmente llevar a este tipo de tiranías propias de las sociedades igualitaristas, puesto que la democracia, a su entender, es ante todo un estado social que bien pudiera no ir acompañado del mismo sistema de gobierno; y la misma igualdad facilitaba el despotismo²². Tocqueville no pudo completar su trilogía consagrada al Antiguo Régimen, la Revolución y el Imperio, pero en las notas preparatorias de lo que iba a ser ese tercer volumen (1853), sus reflexiones no dejaron de tender un puente entre aquel Imperio sobre el que escribía y ese otro que empezaba a desplegarse ante sus ojos, asociando ambos al «despotismo ilimitado»²³.

Dentro de esta familia conceptual de la ilegitimidad política que se mueve entre el despotismo y la tiranía, el bonapartismo fue a menudo conocido también como «cesarismo», en alusión a un patrón recurrente de experiencias políticas antiguas bajo condiciones modernas; un gobierno de emergencia, con base popular y característico de la antigua República romana, y que tanto predicamento recuperó en esta época²⁴. Tocqueville no dejó de sentirse inicialmente seducido por la analogía: «cuando considero el estado al que han llegado ya varias naciones europeas y aquel al que tienden las demás, me siento más inclinado a creer que bien pronto no habrá ya sitio entre ellas sino para la libertad democrática o la tiranía de los cesáres»²⁵.

Con el advenimiento del Segundo Imperio, la equiparación se volvió moneda de uso corriente, tanto que el propio Napoleón III llegó a escribir una *Historia de Julio César* (1866). Autores como Romieu (*L'ère de Césars*, 1850) o Gayet de Césena (*Les Césars et les Napoléons*, 1856) desarrollaron explícitamente esta analogía: se describía aquí a los gobiernos de César y Napoleón I como «expresión de la democracia», al identificar su voluntad con la voluntad de la Nación, aunque eso sí, introduciendo algún matiz: «Hay en todo caso una diferencia entre la Dictadura de Napoleón I, con sus atribuciones exactamente definidas por la Constitución francesa, y que fue una autoridad organizada de forma más regular que la Dicta-

²² *Ibid.*, p. 1150.

²³ Tocqueville, 1951, vol. II, nota ii, p. 319.

²⁴ Baehr y Richter se refieren a él como «el gran paralelo» (2004, p. 16).

²⁵ Tocqueville, 2010, p. 536.

dura de César, con sus atribuciones vagamente delimitadas por la Institución romana»²⁶. El uso y abuso de esta equivalencia, explotada en beneficio del régimen, hizo en todo caso que Tocqueville acabara finalmente rechazando la comparación: porque ni la Francia del siglo XIX había caído en los vicios y la corrupción de la República romana, ni compartían el mismo sentido de la libertad, escribiría en una carta a Beaumont al final de sus días²⁷. Marx, por el contrario, rechazó siempre este paralelo, al considerarlo un anacronismo que equiparaba dos modelos de producción completamente diferentes:

Espero que mi escrito contribuirá a eliminar esa fórmula escolar, tan corriente ahora particularmente en Alemania, del así llamado cesarismo. En esta superficial analogía histórica se olvida el hecho fundamental de que (...) el proletariado romano vivía a costa de la sociedad, mientras que la sociedad moderna vive a costa del proletariado.²⁸

Karl Marx, como Tocqueville, también entendió el bonapartismo como un fenómeno sociológico en el que la dictadura no depende tanto del dictador como de una relación estructural entre las clases y su forma de gobierno. Sin descuidar el aspecto superestructural que tuvo la ilusión histórica como catalizador, su estudio sobre *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte* (1852), a medio camino entre el análisis histórico-político y la divulgación periodística, rechazaba tanto el personalismo del análisis de Victor Hugo en *Napoléon le Petit* (donde todas las críticas se centran en la figura del emperador) como la objetividad de Proudhon que exculparía al hombre; el régimen de Napoleón III habría venido dado, por el contrario, por la naturaleza del capitalismo a mediados del siglo XIX y sus contradicciones, que hicieron de Luis Napoleón un *tertius gaudens* ante el fracaso tanto de la burguesía como del proletariado para hacerse con el poder: «La lucha de clases en Francia creó circunstancias y condiciones que permitieron a un personaje mediocre y grotesco interpretar el papel del héroe»²⁹. La burguesía, así, habría cedido el poder político conquistado en la revolución a cambio de ver preservados sus intereses económicos, y el Estado habría acabado finalmente eludiendo su función como

²⁶ Gayet de Césena, 1856, pp. 89 y 70.

²⁷ Tocqueville, 1951, vol. VIII, p. 543.

²⁸ Marx, 2003, p. 181.

²⁹ *Ibid.*, p. 180.

instrumento de la clase dominante para mostrarse en toda su autonomía; la concentración de todos los poderes del Estado, y su independencia con respecto a la sociedad civil, fueron sin duda uno de sus rasgos más característicos:

Este poder ejecutivo, con su enorme organización burocrática y militar, con su artificiosa maquinaria estatal de múltiples capas, una armada de medio millón de funcionarios, junto a un ejército de otro medio millón, este terrible organismo parasitario, que se enrosca como una membrana reticular alrededor del cuerpo de la sociedad francesa y le obstruye todos los poros, surgió en la época de la monarquía absoluta (...) Napoleón perfeccionó esta maquinaria estatal. (...) Sólo bajo el segundo Bonaparte parece que el Estado se ha independizado de la sociedad y la ha sometido.³⁰

La figura de Napoleón, y en su estela la de su sobrino Luis Napoleón, se presentaba así como la de un líder excepcional para una emergencia nacional, e incidía en la creencia en los hombres providenciales y una dictadura de salvación pública: un régimen autoritario como única respuesta posible a la doble crisis fruto del derrumbe de la monarquía y el colapso de las instituciones republicanas. La energía y la fuerza eran su dogma: Luis Napoleón, tras su golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851, aseguraba: «Mi nombre es garantía de un poder fuerte y estable»; y en su discurso con motivo de la apertura del Cuerpo legislativo en enero de 1858, reiteraba: «El Imperio (...) requiere un Poder fuerte, capaz de vencer los obstáculos que impedirían su marcha, porque la marcha de un Poder nuevo es durante mucho tiempo una lucha»³¹. La dominación del Estado centralizado se ejercía a través del control policial, militar y administrativo que alcanzaron un nivel inédito hasta entonces. Ninguna fuerza conservadora había hecho hincapié antes en la fuerza del Estado; el estatismo destaca como una aportación propia del bonapartismo.

Su centralización funcionaba a través de la racionalización y simplificación de la red administrativa, en manos de un ministerio del Interior con atribuciones desmesuradas, y que extendía su poder en las provincias a través de una red de Prefectos. El orden público, entendido como el establecimiento de un orden moral, se garantizaba mediante el autoritarismo

³⁰ *Ibid.*, pp. 158-160.

³¹ Cit. en Rémond, p. 106; Napoleón III, 1860, p. 373.

y la persecución política: el primer Napoleón se definió a sí mismo como un bastión contra el jacobinismo, y su sobrino, contra el socialismo³². Los primeros años de gobierno de Napoleón III fueron particularmente autoritarios, con un régimen de terror tras el golpe de Estado de 1851 y el atentado sufrido por la pareja imperial a manos del carbonario Orsini (1858), que se saldó con la brutal represión de republicanos y demócratas.

También la Iglesia fue sometida al control del Estado, consagrando el principio galicanista. El catolicismo vivió sin embargo vientos favorables bajo el ala del bonapartismo, con la firma del Concordato por parte de Napoleón I y la alianza del trono con el altar durante el Segundo Imperio —al menos en su primera década—. El *Catecismo Imperial* de 1806 y otros semejantes que se publicaron durante el Segundo Imperio situaban en pie de igualdad las prescripciones religiosas y las obligaciones del ciudadano con respecto al Estado y la dinastía.

La agresiva política exterior, intervencionista y de conquista en nombre de la *grandeur* y la gloria nacional, fue otro de sus rasgos distintivos, hasta el punto de ser conocido también con el sinónimo de «imperialismo». El dilema planteado por Napoleón I cincuenta años antes entre una Europa republicana o cosaca (*Memorial de Santa Elena*) se había resuelto, a ojos de Marx y bajo el gobierno de Napoleón III, en una «república cosaca»³³. Las victorias militares otorgaban al régimen una legitimidad de facto, y trasladaban a la sociedad, mediante la conscripción y la movilización, valores castrenses. Marx lo definía del siguiente modo: «La lucha parece haberse zanjado de tal modo que todas las clases, impotentes y mudas por igual, se postran de hinojos ante la culata de fusil»; y Jules Barni, uno de los más fervientes opositores al régimen, zanjaba: «El cesarismo o régimen de monarquía militar sacrifica las libertades de todos al poder de un jefe armado, mide el poder del Estado en el número de sus soldados y busca extender sin cesar las aglomeraciones de hombres que puede doblegar bajo sus leyes»³⁴. El origen guerrero de la dinastía constituía una de sus fuentes de legitimidad principales, y tanto Tocqueville como Marx destacaron la preeminencia del ejército en ambos imperios como un elemento clave y una de sus principales bases sociales. Tocqueville, adelantándose a Sedán, predijo que el Segundo Imperio caería en una batalla innecesaria, del mismo modo que el Primero había sucumbido

³² Richter, 2004, p. 102.

³³ Marx, 2003, p. 154.

³⁴ Barni, 1868, p. 260.

en Waterloo; la leyenda de la gloria bonapartista resultó fundamental para Luis Napoleón a la hora de hacerse con el poder, pero también lo destinó a ser víctima de aquellas ilusiones heredadas³⁵.

El poder del ejecutivo primaba sobre el legislativo, interpretado ahora como contrario a la unidad nacional; el antiparlamentarismo se convertía así en otro de los rasgos principales del bonapartismo: «Yo soy nacional», solía afirmar el Primer Cónsul. Se acusaba al parlamentarismo de ser una ficción como principio de gobierno, causa permanente de división y desórdenes; Napoleón I redujo al silencio a las cámaras deliberantes, que sólo sobrevivieron de forma nominal tras el golpe de Brumario, y lo justificaba posteriormente en el *Memorial de Santa Elena*: «Francia [estaba] a merced de una Asamblea dividida y sin experiencia»³⁶. Bajo el Segundo Imperio, también el Consejo de Estado, el Cuerpo legislativo y el Senado dejaron de ser concebidos como poderes de contrapeso y pasaron a ser meros instrumentos de gobierno. Al alcanzar Luis-Napoleón el poder presidencial, uno de los periódicos bonapartistas de la época clamaba: «¡Basta de partidos! (...) el propio bonapartismo, en cuanto partido político, es un peligro y una traba!»³⁷. Las oposiciones ideológicas se censuraban mediante el recurso a metáforas de la enfermedad que asolan el cuerpo físico de la nación: «El Príncipe (...) quiere cicatrizar todas las heridas del cuerpo social»³⁸. En un poder concebido como emanación directa de la voluntad nacional, los partidos eran sólo una traba: «Frente a la seguridad y la prosperidad en el interior, y la preponderancia y la gloria en el exterior, sólo los partidos y las ambiciones protestan», desdeñaba Cassagnac³⁹.

Jacob L. Talmon, en su clásico *Los orígenes de la democracia totalitaria* (1952), apuntó hacia las posibles derivas del sistema democrático en caso de plegarse a una concepción rousseauiana de la voluntad general: indivisible, encarnada en el Estado y que no admite representaciones ni disidencias. El propio Napoleón no dejó de evocar algunas de las fórmulas de Rousseau más conocidas en sus discursos, como la del contrato social o la voluntad general, pero vaciándolas de contenido; de esta manera

³⁵ Richter, 2005, p. 241.

³⁶ Les Cases, 1823, p. 430.

³⁷ Cit. en Bluche, 1984, p. 127.

³⁸ Recurso presentado ante la Corte de apelación de Riom en 1852, cit. en Glikman, 2008, p. 96.

³⁹ Cassagnac, 1860, p. 3.

definía su particular noción de la soberanía en una carta a Talleyrand de 1797: «El poder del gobierno (...) debe considerarse como el verdadero representante de la nación»; y en 1804, momento en el que el Consulado vitalicio pasó a convertirse en Imperio con legitimidad de origen divino: «La soberanía reside en el pueblo francés, lo que significa que todo, todo sin excepción, debe hacerse para su felicidad y su gloria»⁴⁰ —en una fórmula que sin duda recuerda a aquella otra del despotismo ilustrado «todo por el pueblo y para el pueblo, pero sin el pueblo»—. Pero si bien el bonapartismo mantiene algunas semejanzas con el clásico despotismo ilustrado, lo cierto es que también se trataba de una fórmula radicalmente novedosa, que transmutaba al primer representante de la nación en un verdadero soberano. Sieyès definía así las características del nuevo régimen: «La autoridad proviene de lo alto y la confianza de lo bajo»⁴¹.

En el *Memorial de Santa Elena* de Les Cases, germen de la doctrina bonapartista, Napoleón se reclama una y otra vez representante de la Nación aupado sobre la legitimidad popular: «fue la voluntad del pueblo la que me alzó (...) Yo, monarca elegido por el pueblo...»⁴², etc. Cuando Melvin Richter caracteriza al bonapartismo como un sistema «posdemocrático», lo hace apuntando a ese «argumento pseudodemocrático»⁴³ por el cual un régimen que se fundamenta en un golpe de Estado busca no obstante su legitimación en un pueblo que ha delegado el poder supremo a un hombre para que gobierne directamente en nombre del interés general de la nación. A Tocqueville no le pasó desapercibida semejante manipulación de la voluntad popular, y así anotaba para lo que iba a ser el tercer volumen de *El Antiguo Régimen y la Revolución*:

Explotación de las pasiones democráticas (...); gobernar en el nombre del pueblo pero sin el pueblo; proveer a los ciudadanos con una representación política basada en el número, pero administrarles a través de las clases más cultivadas; satisfacer a las clases más bajas fingiendo reconocerlas, y aboliendo todos los órdenes intermedios (...) satisfaciendo los sentimientos de la envidia y sus deseos de igualdad a su forma más grosera, al reducir a todos al mismo nivel de servidumbre; satisfacer a las clases altas asegurándoles el orden material...⁴⁴

⁴⁰ Cit. en Bluche, 1984, pp. 106 y 14.

⁴¹ *Ibid.*, p. 14.

⁴² Les Cases, 1823, pp. 201-202.

⁴³ Richter, 2004, p. 84.

⁴⁴ Tocqueville, 1951, vol. II, p. 322.

Otro de los más férreos opositores al régimen, el liberal Prévost-Paradol, escribía de igual modo en una carta a Taine de 1851: «Otorgar a las masas el sufragio universal era sobre todo inclinar la cabeza ante el hombre predestinado que tan bien conoció la Antigüedad y que cada pueblo, uno tras otro, adoró bajo el nombre de buen tirano»⁴⁵. La paradoja de esta doble legitimidad (popular y dinástica), y de los golpes de Estado sancionados mediante plebiscito, no pasó desde luego desapercibida a ojos de sus contemporáneos. Elegido dos veces, por la mano popular y por el destino, la fórmula que acompañaba a todos los actos oficiales de Luis Napoleón rezaba en curiosa síntesis: «Napoleón, por la gracia de Dios y de la voluntad nacional, emperador de los franceses...», y en las medallas conmemorativas del Segundo Imperio se podía leer «*Vox Populi, Vox Dei*»⁴⁶. Ninguno de los dos emperadores evitó tampoco el nombre de dictadura para referirse a sus gobiernos; no lo hizo Napoleón I en el *Memorial* y tampoco Napoleón III tuvo empacho en reconocerlo: «Esta dictadura que el pueblo me ha confiado...»⁴⁷. El español Donoso Cortés ya había vaticinado, en su célebre *Discurso sobre la dictadura* (1849), que esta sería la nueva forma de gobierno en Francia tras la revolución de 1848, porque «el nombre de la libertad ha hecho necesaria la dictadura»; y es que, «cuando la legalidad basta para salvar a la sociedad, la legalidad; cuando no basta, la dictadura»⁴⁸. Nacía así la idea de dictadura moderna; y sus detractores, tanto a izquierda como a derecha, no dejaron de destacar su íntima relación con la democracia, porque, «desde Marx, entendemos las dictaduras como algo que ocurre en el seno de las democracias, y no como su reverso»⁴⁹.

III. La «legitimidad carismática»: el complejo acceso de las masas a la escena política

En 1848, Luis Napoleón se convirtió en el primer presidente de la República francesa elegido por sufragio universal masculino. En medio de las divisiones partidistas y para sorpresa de muchos, Bonaparte se hizo

⁴⁵ En Gréard, 1894, p. 180.

⁴⁶ Glikman, 2014, pp. 102-105.

⁴⁷ Bonaparte, 1860, p. 223.

⁴⁸ Donoso Cortés, 1854, pp. 255-260.

⁴⁹ Carver, 2004, p. 104.

con el 74% de los votos emitidos; detrás estaba la alianza de partidos conservadores del orden que pensó que no sería difícil utilizarlo en su provecho, pero también toda una masa popular que votó contra las políticas represivas del ministro Cavaignac y seducidos por la leyenda de un nombre; así explicaba el propio Luis Bonaparte su victoria: «Todo un sistema triunfó el 10 de diciembre, porque el nombre de Napoleón es por sí solo un programa»⁵⁰. Tres años después, ante la imposibilidad de una reforma constitucional que impedía la reelección y contra una asamblea de mayoría monárquica que había restringido nuevamente el derecho al sufragio, Luis Napoleón llevó a cabo un autogolpe de Estado que, el 2 de diciembre de 1852, reinstauró el Imperio. Sometido a una ratificación plebiscitaria que contó aún con mayor apoyo popular, Napoleón III acababa de completar su particular 18 de Brumario.

La memoria de las glorias pasadas asociadas al nombre de Bonaparte jugaron desde luego un papel fundamental: «la Constitución de 1848 no fue derribada el 2 de diciembre de 1851 por una cabeza, sino que cayó por el toque de un simple sombrero; claro que este sombrero era el tricornio napoleónico»⁵¹, reconocía el propio Marx. Los estertores del Primer Imperio, con el Acta Adicional a las constituciones del Imperio redactada por su hasta entonces enemigo Constant y unas políticas de apertura durante los Cien Días, crearon el mito de un bonapartismo liberal si no jacobino, que se intensificó tras la caída entre sus herederos los *fédérés* y la obligada clandestinidad; una historia de conspiraciones bajo la Restauración en la que convergieron exoficiales de la *Grande Armée* con liberales, republicanos y carbonarios, e inclinaron la balanza bonapartista hacia posiciones de izquierdas. La leyenda napoleónica se multiplicó durante aquellos años en su forma más popular y espontánea a través de almanaques, ilustraciones, poemas o novelas de autores de la talla de Victor Hugo, Dumas, Stendhal o Balzac, cuyo *Médecin de campagne* (1833) contribuyó sobremanera a la construcción de esa imagen de un «Napoleón del pueblo». Pero tal y como indica Bluche, «la leyenda napoleónica se opone al bonapartismo»⁵², y este no fraguó como verdadero partido político hasta 1848. Porque, más allá del prestigio de un apellido, ¿cuál era su programa?

⁵⁰ Mensaje presidencial de notificación de la reforma ministerial, cit. en Rémond, 1968, p. 11.

⁵¹ Marx, 2003, p. 56.

⁵² Bluche, 1984, p. 73.

Aunque autores como Hazareesingh niegan la ausencia de un desarrollo teórico del bonapartismo y se ha convertido en lugar común la idea del pragmatismo como su bandera⁵³, otros como Juliette Glikman reclaman, frente al oportunismo, la existencia de un cuerpo doctrinal «coherente» fundado en «la encarnación soberana en la persona del emperador, la reverencia teórica a los valores de 1789, la referencia al progreso y la culminación de la tradición monárquica»⁵⁴. Así, Rémond distingue el bonapartismo como «una fuerza política original»⁵⁵ que va más allá de las ambiciones personales de Luis Napoleón, y que, frente a las otras derechas, contó con una clientela propia, un programa y un vocabulario específico. Bruyère-Ostells, por su parte, ha estudiado cómo el sobrino fraguó esa doctrina entre los años 1832-1844, inclinándose por la aportación del ala más liberal de la corriente y fraguada en el ambiente de conspiraciones contra la Restauración de las que él mismo formó parte activa⁵⁶: una vida de intentonas insurgentes que culminaron en Boulogne en 1840 (creyendo aprovechar los vientos favorables de una opinión pública volcada con el regreso de las cenizas del Emperador) y que le llevaron a una condena a cadena perpetua —de la que sin embargo acabaría evadiéndose—.

La lectura obsesiva de juventud del *Memorial de Santa Helena* (en una interpretación democratizante) llevó a Luis Napoleón a publicar su primer ensayo político con tan solo 24 años: con el Rey de Roma aún vivo, en las *Rêveries politiques* (1832) trató de ofrecer al pretendiente un armazón teórico que reconciliase los principios de libertad y autoridad, progreso y estabilidad, haciendo hincapié en la soberanía popular y una propuesta de Constitución que remitía en buena medida a la de 1793, pero bajo una forma de gobierno monárquica. *Les idées napoléoniennes* (1839), obra de propaganda concebida como una continuación del *Memorial* y que alcanzó cierta popularidad, tenía como clave de bóveda la idea del progreso del género humano, en la línea de Condorcet —pero también del sansimonismo—. Un progreso histórico que avanzaba, desde Alejan-

⁵³ Bonaparte, en una visita a Rouen de 1849, declaró: «¿Qué impide hoy el desarrollo de nuestra sociedad? Os lo diré: que es propio a nuestra época dejarnos seducir por quimeras, en vez de fijarnos a la realidad» (Cit. en Glikman, 2008, p. 85). Choffat, presidente del Centro de Estudios sobre el Bonapartismo (CERB), también defiende que se trata más de una práctica que de una doctrina (2019, p. 23).

⁵⁴ Glikman, 2014, p. 104.

⁵⁵ Rémond, 1968, p. 105.

⁵⁶ Bruyère-Ostells, 2013, p. 1.

dro Magno y Julio César a Napoleón I, a través de los hombres providenciales, y que conducía a la libertad a través del estatismo, transmitida verticalmente del gobernante a los gobernados: «Las ideas napoleónicas son las ideas que guían el movimiento de las sociedades, para que avancen con su propia fuerza»⁵⁷.

La reclamación de la herencia revolucionaria jugó sin lugar a dudas, tanto para el tío como el sobrino, un papel singular en su elaboración teórica; en ambos casos, la ofensiva modernizadora trató de exportarse incluso por la fuerza y la guerra. En una carta de 1838 a su amigo Armand Laity (preso en ese momento por la publicación de un folleto apologético del bonapartismo), Luis Napoleón lo definía como una fórmula de gobierno específicamente francesa, alejada de la imitación espuria del modelo anglosajón y capaz de aunar a republicanos, legitimistas y hombres del *juste-milieu*: «El sistema imperial (...) es la fórmula gubernamental de los principios de la revolución; es la jerarquía en la democracia; la igualdad en la ley, la recompensa por el mérito; es, en fin, una pirámide colosal de amplia base y cabeza erguida»⁵⁸; y más tarde, en el artículo 1.º de la Constitución de 1852, se consagraría: «La Constitución reconoce, confirma y garantiza los grandes principios proclamados en 1789, que son la base del derecho público francés».

El Código Civil de 1804 siguió siendo efectivamente el fundamento para las libertades individuales —aunque en menoscabo de las públicas y políticas, como la de prensa o asociación—; en un régimen de «libertades otorgadas»⁵⁹ o, tal y como lo definió el futuro líder del movimiento Cassagnac, de «libertad práctica y leal»⁶⁰, la tolerancia religiosa o la abolición de la feudalidad, en todo caso, siguieron siendo principios inviolables, así como el de igualdad ante la ley, pues el bonapartismo siempre primó (persuadido de que era un sentimiento compartido por los franceses), por encima de la libertad, el principio de igualdad.

El cesarismo democrático de Luis Bonaparte incorporó así como principal novedad la preocupación por las cuestiones sociales; su más célebre obra como ensayista fue sin duda *Extinction du paupérisme* (1844)⁶¹, donde

⁵⁷ Bonaparte, 1848, T. I, pp. 190 y 332.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 19.

⁵⁹ Bluche, 1984, p. 148.

⁶⁰ Granier de Cassagnac, 1860, p. 32.

⁶¹ Aunque «la demagogia del título desempeñó un papel más determinante que su contenido», apunta Bluche (1984, p. 98).

mostraba su simpatía por la miseria de los más desfavorecidos, denunciaba los excesos del liberalismo económico («verdadero Saturno del trabajo, la industria devora a sus hijos y no vive sino de su muerte»⁶²), y proponía vincular a la clase obrera a los frutos de su trabajo, lo que en la práctica se traduciría en una «asociación obrera» (de inspiración sansimoniana y fourierista), una serie de colonias agrícolas fundadas por el Estado y organizadas jerárquicamente siguiendo el modelo militar. Durante su vida de conspirador mantuvo contacto con Cabet o Louis Blanc, se suscribió a publicaciones sansimonianas (muchos de estos sansimonianos acabarían más tarde conformando su círculo áulico, que inspiró la impronta tecnocrática y el paternalismo de Estado propio del Imperio), y ya como emperador llevó a la práctica sus inclinaciones filantrópicas a través de la creación de talleres de caridad, asilos o una cartilla obrera, además de conceder el derecho de huelga en 1864 o de cierta tolerancia con las asociaciones sindicales, hasta el punto de que François Guizot llegó a exclamar, ante el golpe de Estado del 2 de diciembre: «¡Es el triunfo completo y definitivo del socialismo!»⁶³. Pero lo cierto es que el bonapartismo del Segundo Imperio se hallaba lejos del socialismo: los dirigentes blanquistas fueron perseguidos, la Internacional Socialista disuelta, y sus políticas en materia obrera se debieron más al deseo de mantener el orden público que a verdaderos impulsos humanitaristas. Una obra probonapartista lo resumía así en 1852:

El bonapartismo no ha cambiado de esencia: es conservación y progreso. La primera, ilustrada y liberal; el segundo, continuado y seguro. (...) Concluyo en favor del bonapartismo porque la base de este gobierno es democrática, porque su principio es nacional y porque sus instintos sociales son la garantía más poderosa contra el inmovilismo de una parte y la exageración de la otra.⁶⁴

Pero en esta síntesis original y ecléctica de librecambismo y proteccionismo, autoritarismo y populismo, conservadurismo moral y progreso industrial, igualdad atemperada por la jerarquía, unidad nacional que rechaza los extremos, destaca sobre todo el carácter de «providencialismo monárquico»⁶⁵ con base democrática, hasta el punto de haber sido califi-

⁶² Bonaparte, 1844, p. 7.

⁶³ Cit. en Marx, 2003, p. 156.

⁶⁴ Warmington, 1852, pp. 96-99.

⁶⁵ Glikman, 2014, p. 104.

cado a menudo como una «monarquía electiva»⁶⁶. Y es que la soberanía del pueblo es sin duda uno de los elementos fundamentales de la doctrina bonapartista, por encima de las divergencias que convivieron siempre, no sin problemas, entre un bonapartismo «rojo» (adscrito al legado revolucionario y la leyenda napoleónica, firme defensor de la soberanía nacional, desconfiado de los notables, anticlerical y con fuerte anclaje en el ejército) y otro de corte más autoritario, donde primaba la defensa del orden público amenazado por socialistas y republicanos y el apoyo en las elites tradicionales.

Rémond señala a la emergencia del partido bonapartista como la principal consecuencia de la implantación del sufragio universal. Porque el bonapartismo es sin duda un gobierno autoritario, pero es sobre todo un *liderazgo carismático*, en el sentido weberiano, capaz de gobernar con mano de hierro y con un grado de popularidad insólito, en el marco de un Estado fuerte y alegando estar por encima de las divisiones partidistas. La dominación carismática, tal y como fue descrita por Max Weber (*La política como vocación*, 1919), establece un vínculo fundamental entre el líder y las masas, que se entregan en un acto de confianza personal a un hombre supuestamente dotado de cualidades extraordinarias. Y así describía el propio Tocqueville el carisma de Napoleón: «Su genio singular justificaban y en cierto sentido legitimaban la extrema dependencia de sus contemporáneos. El héroe canceló al déspota. Parecía plausible que, al obedecerle, la sumisión se rendía no a su poder, sino al hombre»⁶⁷. En un análisis previo acerca del cesarismo y de donde extraería su posterior teoría del liderazgo carismático, Weber había vinculado ya este tipo de regímenes precisamente a las condiciones propias de la democracia moderna y la irrupción de las masas en la vida política, que habrían dado un empuje inusitado al liderazgo plebiscitario por encima de la mediación de los partidos⁶⁸; hasta el liberal Prévost-Paradol reconocía: «La parte esclarecida de la nación ha fatigado a las masas con discusiones y agitaciones incomprensibles, y las masas le han hecho callar de forma brutal»⁶⁹. Se imponía así el triunfo de la voluntad sobre la razón; de los propósitos heroicos y de idealismo nacional sobre los intereses egoístas de grupos o

⁶⁶ Bluche, 1984, p. 201.

⁶⁷ Tocqueville en un discurso a la Asamblea de 1842, 1951, vol. XVI, p. 264.

⁶⁸ Weber, «Parliament and Government in Germany under a New Political Order» [1917], 1994, pp. 130-271.

⁶⁹ En Gréard, 1894, p. 180.

personas; y, por encima de todo, el reconocimiento de que las masas necesitaban ser conducidas⁷⁰. Tal era el diagnóstico de Tocqueville:

Todo eso significa, (...), que tras haber permitido al soberano dirigir como un amo a cada ciudadano y doblegarlos todos los días a su fantasía, se somete de vez en cuando él a las voluntades generales de la nación. Nuestros contemporáneos están atormentados por dos pasiones enemigas: sienten la necesidad de ser conducidos y el ansia de permanecer libres. Al no poder destruir ni uno ni otro de esos instintos contradictorios, se esfuerzan por satisfacerlos a la vez. Imaginan un poder único, tutelar, todopoderoso pero elegido por los ciudadanos. Combinan la centralización y la soberanía del pueblo. Eso les da algún descanso y se consuelan al estar en tutela pensando que ellos mismos han elegido a sus tutores.⁷¹

El cesarismo democrático (que aunaba el principio democrático pasivo con el de la autoridad actuante) se caracterizaba por lo tanto como una forma de gobierno en la que el pueblo soberano confería el *imperium* a un César que lo representaba; en palabras del jurista Troplong, presidente del Senado, «El Imperio es un movimiento inmenso y espontáneo de todo un pueblo»⁷². La paradoja democrática que Pierre Rosanvallon planteaba en *Le Peuple introuvable* (1998) hallaba así su solución en una fórmula que no necesitaba la figura de la mediación de la representación, porque la soberanía del pueblo era directamente encarnada al mismo tiempo que se desincorporaba políticamente. «La naturaleza de la democracia consiste en personificarse en un hombre», había sentenciado ya Napoleón I, y cincuenta años más tarde, la idea había solidificado: «Los Bonaparte nacieron con la democracia, y ellos deben gobernarla»⁷³.

El pueblo, esas «masas inorgánicas» en palabras de Marx⁷⁴, en perpetua minoría de edad y necesitadas de tutela, tomaban forma y eran canalizadas sólo a través de la figura del hombre elegido. Napoleón III fue a menudo caracterizado como «el hombre de las masas»⁷⁵, apuntando al tema de la modernidad por excelencia y en el que resuena el relato de

⁷⁰ Richter, 1984, p. 87.

⁷¹ Tocqueville, 2010, p. 1156.

⁷² Troplong, 1853, p. 40.

⁷³ Couture, 1850, p. 188.

⁷⁴ Marx, 2003, p. 62

⁷⁵ Glikman, 2014, pp. 99 y 101.

Allan Poe de 1840 *El hombre de la multitud*. La expresión de la voluntad popular directa y por ello más auténtica quedaba así protegida de toda interferencia demagógica (líderes partidistas, propaganda electoralista...), porque «las masas, cuyo instinto es más seguro que el razonamiento de nuestros filósofos...» (tal y como se podía leer en una petición de 1852)⁷⁶ constituían la fuente de legitimidad primera del régimen. Y esa voluntad popular se expresaba eminentemente a través del plebiscito, herramienta para la transferencia de soberanía del pueblo a la dinastía imperial.

La dictadura plebiscitaria se convirtió así en una alternativa pseudodemocrática ante la imposibilidad de practicar la democracia directa en un Estado de grandes dimensiones. En esa relación compleja entre la designación popular y la elevación dinástica, los victoriosos plebiscitos que convertían la supuesta elección en «aclamación unánime» constituían una suerte de pacto social entre el pueblo y el Príncipe y venían a confirmar la legitimidad de la dinastía como expresión de un tenaz deseo popular, sostenido a través del tiempo; porque el elegido por el pueblo es «el verdadero representante de toda la nación», tal y como afirmaba Louis Chautard en el periodico *La Démocratie napoléonienne*⁷⁷; y «El plebiscito es un contrato que otorga a la vieja monarquía francesa su forma primitiva y verdadera, la forma electiva atemperada por una herencia razonable», zanjaba Cassagnac en otro de los diarios bonapartistas, *Le Pays*, en 1875⁷⁸.

La Constitución del año VIII pudo así haber enterrado el principio de soberanía popular, pero lo hizo sometido al voto popular; el siguiente plebiscito de 1802, en el que se declaraba el Consulado vitalicio, fue presentado como «un homenaje clamoroso que se tributa a la soberanía del pueblo (...) del que derivan todos los poderes»⁷⁹. Con el Segundo Imperio, el plebiscito dejó de ser un simulacro para convertirse en profesión de fe del sufragio universal y utilizarlo contra parlamentos, notables y republicanos. Napoleón III lo utilizó para ratificar su golpe de Estado de 1851, su proclamación como «Emperador de los franceses» (1852) o para su legitimación dinástica (1870). También las elecciones a los cuerpos legislativos fueron de naturaleza plebiscitaria: los plebiscitos, con victorias aplastantes (el último de ellos contó con siete millones de votos a favor frente a sólo un millón y medio en contra), venían a ratificar hechos consumados,

⁷⁶ Cit. en Glikman, 2008, p. 89.

⁷⁷ Chautard, 27 de enero de 1852.

⁷⁸ Cit. en Bluche, 1984, p. 171.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 15.

tenían un carácter «decisionista» (Carl Schmitt) y por lo tanto más político que legislativo: «Que los ambiciosos, los conspiradores, los usurpadores de la soberanía no se engañen: el pueblo ha situado a su cabeza una dinastía que nunca se dejará escamotear el poder que Francia le ha otorgado», sentenciaba una vez más Cassagnac⁸⁰:

Una dinastía elegida por la nación y un gobierno fundado en el sufragio universal (...). El desarrollo de las instituciones, ya sean económicas, ya sean políticas, en un sentido popular constituye el deber y la regla suprema del Imperio. (...) La lealtad y el abandono con el que los destinos de Francia se libraron a la sabiduría y el genio de la dinastía napoleónica invocaban la época en que esta dinastía, devolviendo la confianza por confianza, presentara su política general, sus actos, su obra, en fin, al examen y veredicto regular del país.⁸¹

Pero el sufragio plebiscitario no fue el único canal de expresión de esa voluntad popular: toda una oleada de peticiones, discursos al emperador, juramentos, firmas de adhesiones, poemas celebratorios, arcos del triunfo, nuevas fiestas nacionales⁸², etc., vino a sumarse al movimiento por el cual «la celebración democrática se valoraba en sus formas aclamativas más elementales»⁸³. Glikman y, en nuestro país, Palacios Cerezales, han estudiado esas otras formas de participación y movilización popular; este último, además de ocuparse del movimiento peticionario bajo el Primer Imperio, analiza en otro de sus trabajos cómo en el momento previo al golpe de Estado (abril-julio de 1851), la Asamblea se vio inundada por una oleada de firmas y peticiones públicas solicitando la modificación de la Constitución, campaña en favor del presidente Bonaparte que llegó a superar el millón y medio de adhesiones y en la que sus partidarios vieron la «más seria», «espontánea» y «verdadera» expresión de la «voluntad de la nación francesa»⁸⁴.

Sólo en los estudios más recientes, como la obra de Ménager (1981, 1988) o de Hazareesingh (1998, 2004), ha empezado a emerger una lectura del bonapartismo como aportación fundamental a la historia de la democratización en Francia. Hazareesingh señala que la lectura común de la

⁸⁰ Cassagnac, 1869, pp. 37-38.

⁸¹ Cassagnac, 1860, pp. 30-31.

⁸² Hazareesingh, 2007.

⁸³ Glikman, 2008, p. 89.

⁸⁴ Lasserre, *L'opinion et le coup d'état*, 1851, cit. en Palacios, 2020b, p. 422.

historiografía empeñada en subrayar los rasgos antidemocráticos del bonapartismo se debe a la deriva emprendida por este tras la caída del Imperio hacia posturas más autoritarias y conservadoras, pero que en ningún caso la represión, la coerción o los elementos sociales excluyentes fueron los aspectos dominantes del bonapartismo entre 1820 y 1870; y contra la idea de una ruptura radical, este profesor oxoniense destaca las contribuciones del Segundo Imperio a la democracia de masas propia de la Tercera República: «El importante legado a los republicanos fue intensificar el carácter socialmente conservador del voto de masas, un mensaje que en lo sucesivo no se perdería», y en el que la práctica del sufragio universal se daba la mano con la despolitización de una ciudadanía concernida ante todo por los asuntos materiales; el Segundo Imperio habría constituido así un laboratorio para la exploración de algunas de las cuestiones claves planteadas por la teoría democrática, como la de las no siempre fáciles relaciones entre la democracia local y el interés general⁸⁵.

Liberales, republicanos y socialistas, claro está, denunciaron una y otra vez el carácter falseado de esta «democracia organizada»⁸⁶; Jules Barni, filósofo republicano apartado de la enseñanza al negarse a jurar lealtad al nuevo régimen, definía el cesarismo como una de las formas aberrantes de la democracia moderna: «Lo llaman democracia pero es una mentira. La democracia no es la igualdad en la servidumbre, es la libertad en la igualdad». Y el líder republicano Léon Gambetta se quejaba aún en 1875: «¿Quiénes son los bonapartistas? Son un fraude (...), un fraude de democracia. (...) parodian nuestras ideas, desfiguran nuestros principios (...) prestos a abolir todo aquello que rime con instituciones, parlamentos, constituciones y leyes»⁸⁷. Marx había sentenciado: «la nación francesa cometió en estos funestos días un pecado mortal contra la democracia, que, postrada de hinojos, reza diariamente: «¡Santo sufragio universal, pide por nosotros!»», y el caricaturista Honoré Daumier, incidiendo en el aspecto abusivo del modo de elección sobre una masa inculta y las más veces iletrada, publicaría con ocasión del plebiscito del 8 de mayo de 1870 una viñeta en la que se podía ver a dos humildes campesinos preguntando al señor alcalde qué era un «*bibiscito*»: «Es una palabra latina que significa sí»⁸⁸.

⁸⁵ Hazareesingh, 2004, p. 151.

⁸⁶ Bluche, 1984, p. 137.

⁸⁷ Barni, 1868, p. 113; Gambetta, cit. en Hazareesingh, 2004, p. 130.

⁸⁸ Marx, 2003, p. 170; Daumier, 1870.

Pero más allá de estas acusaciones sobre manipulación, presiones y campañas orquestadas, autores como Palacios Cerezales defienden el valor de este tipo de participación política más allá de los cauces democráticos tradicionales en la conformación de una ciudadanía moderna, y su significado que da cuenta de la enorme popularidad con la que contó el bonapartismo en aquellos días. Así lo refleja por ejemplo el testimonio de un antiguo prefecto llamado Bisson, quien no tenía empacho en hablar de «democracia imperial» o «imperio democrático»: «La dinastía napoleónica está profundamente vinculada al elemento democrático que, desde 1789, domina Francia. Desde el día en que la igualdad ante la ley, proclamada por la Revolución Francesa, fue consagrada (...) comenzó la era de Napoleón y la nueva democracia»⁸⁹.

Cabe preguntarse desde luego quiénes conformaban la base popular de esa nueva democracia. En una Francia mediosecular rural en un 75%, el campesinado se convirtió sin duda en la baza principal del Imperio a la hora de constituir una «democracia campesina»⁹⁰ de pequeños propietarios. Todos los autores coinciden en señalar al bonapartismo rural como clave estructural del movimiento, y en el contexto de las recientes discusiones sobre democratización, Chloé Gaboriaux ha centrado sus estudios en el análisis del voto rural de la segunda mitad de siglo, mayoritariamente adscrito al bonapartismo popular y autoritario y que obligó en buena medida a los republicanos a revisar su discurso y modelarlo a imagen y semejanza de esa nueva ciudadanía sobre la que habría de alzarse la Tercera República⁹¹. En lo que René Rémond define como «una etapa de la lenta emancipación campesina»⁹², el voto rural constituyó una fuerza conservadora y al mismo tiempo democrática de primer orden: probablemente un grupo social escasamente educado, como parodiaba Daumier, pero con unos intereses muy claros, y para los que el bonapartismo significaba ante todo el mantenimiento de los derechos adquiridos durante la Revolución y la revancha frente a las oligarquías locales. El campesino habría seguido así las indicaciones de voto del Prefecto, pero no por obediencia sumisa, sino para desembarazarse de sus tutelas seculares: el cura y el notable local. Y frente a las lecturas que inciden en el carácter conservador del voto rural, Ménager destaca la gran diversidad ideológica

⁸⁹ Bisson, 1854, pp. 25-26.

⁹⁰ Bluche, 1984, p. 142.

⁹¹ Gaboriaux, 2010.

⁹² Rémond, 1968, p. 108.

del campesinado, que iría del voto *montagnard* del Centro al más *bleu* del Oeste⁹³.

Fue sin duda Marx el primero en percatarse del peso decisivo del mundo rural en la victoria de Luis Napoleón, hasta el punto de que en su *18 Brumario* llegó a tildar al bonapartismo de «religión campesina»: «el poder del Estado no flota en el aire. Bonaparte representa a una clase (...) la clase más numerosa de la sociedad francesa, a los campesinos parcelarios. (...) Los campesinos [son] las masas populares francesas»⁹⁴. El campesinado parcelario era un grupo social falto de coherencia interna como clase, debido a su modo de producción (que no permite la división del trabajo y se centra en el autoabastecimiento familiar) así como por el aislamiento de sus semejantes; según la lectura marxista, la falta de conciencia de unos intereses de clase hacía imposible su representación política («no pueden representarse, tienen que ser representados»⁹⁵), lo que habría resultado en última instancia crucial para la victoria de una opción antidemocrática como la de Bonaparte; la parcelación de la tierra, forma de propiedad adquirida en tiempos del Primer Imperio, habría hecho por su parte especialmente sensible al campesinado a la leyenda napoleónica y al milagro de su reencarnación.

El campesinado no fue sin embargo su único apoyo; la ambigüedad de la fórmula bonapartista permitió siempre llegar a un electorado variado. A los partidarios del orden (que buscaban protegerse de los excesos revolucionarios y la amenaza socialista) se sumaron los «partidarios del desorden» (que con su voto pretendían castigar las políticas represivas de Cavaignac): Ménager ha estudiado por ejemplo el relativo éxito que el bonapartismo alcanzó también en los medios obreros⁹⁶. Y junto al campesinado, el otro apoyo fundamental del bonapartismo fue sin duda el ejército, que Marx identificaba con el lumpenproletariado: «El punto culminante de las *idées napoléoniennes* es la preponderancia del ejército (...), *point d'honneur* de los campesinos parcelarios. (...) Pero (...) el mismo

⁹³ Ménager, 1988. Bluche o Hazareesingh han estudiado igualmente la distribución territorial del voto plebiscitario comparándolo con el de la Revolución y abundan también en esta diversidad (que a menudo concuerda con el voto jacobino pero que también supo hacerse fuerte en la Vendée), además de en la variabilidad de estas adhesiones a lo largo del tiempo.

⁹⁴ Marx, 2003, pp. 163 y 160.

⁹⁵ *Ibid.*, p. 161.

⁹⁶ Ménager, 1981.

ejército ya no es la flor de la juventud campesina, sino la flor palustre del *lumpenproletariat* rústico»⁹⁷. La independencia del Estado y su hipertrofia burocrática crearon así un ejército de funcionarios y militares que, si no mostraba férreas convicciones (pocos podían reclamarse como verdaderamente bonapartistas), sí hacía gala de una adhesión tan inquebrantable como interesada a un régimen que, tanto en el Primer como en el Segundo Imperio, creó su propia aristocracia: «En la corte, en los ministerios, en la cúpula de la administración y del ejército se agolpa un puñado de tipos, del mejor de los cuales puede decirse que no se sabe de dónde viene, una *bohème* escandalosa, sospechosa y con apetito de saqueo», denunciaba Marx, mientras que Madame de Girardin ironizaba: «Francia ha probado a menudo un gobierno de queridas, pero nunca un gobierno de *hommes entretenus*»⁹⁸.

Pero el Segundo Imperio no sólo creó su propia elite, sino que también se afanó en ganarse las simpatías de los notables locales y las elites tradicionales, en una alianza con los cuadros de la sociedad que duró al menos una década; fue el Partido del Orden y la gran burguesía quien lo aupó a la presidencia, y encontró el apoyo popular. El posterior golpe de Estado contra la legalidad vigente no halló apenas resistencia, y los primeros siete años de gobierno autoritario y nula vida política neutralizaron a la oposición, que se replegó, en el mejor de los casos, a la vida ociosa. Las políticas sociales fueron la estela de un poderoso desarrollo industrial. El régimen, que aunaba igualitarismo y un fuerte sentido de la jerarquía, acabó así durante veinte años con la división política, que quedó reducida a una división de orden exclusivamente moral, tal y como lo concebía Napoleón III: «Es hora de que el alma de la nación sea arrancada a esos corruptores políticos. Es tiempo de que los malvados tiemblen y los buenos se tranquilicen»⁹⁹.

Entre los especialistas cunde la idea de la cesura o evolución desde un Segundo Imperio autoritario a un «Imperio liberal» (Hazareesingh), «Imperio orleanista» (Rémond) o «Imperio parlamentario» (Bluche), aunque Glikman relativiza la consistencia de esta ruptura¹⁰⁰. El despertar de cierta oposición a partir de 1860 (de la mano de la nueva alianza liberal-católica), el deterioro de la posición imperial en las áreas más urbanas y

⁹⁷ Marx, 2003, pp. 168-169.

⁹⁸ Marx, 2003, pp. 174-175.

⁹⁹ Bonaparte, *Journal de Toulouse*, 2 de marzo de 1861.

¹⁰⁰ Hazareesingh, 2004, p. 131; Rémond, 1968, p. 118; Bluche, 1984, p. 153; Glikman, 2013.

densamente pobladas, el fracaso parcial de las candidaturas oficiales y los problemas crecientes para manejar las provincias en donde las élites locales recuperaban parcelas de poder, hizo que, auspiciadas por el exrepublicano Émile Ollivier, se concediesen toda una serie de medidas aperturistas que acercaban el régimen al liberalismo: un decreto de amnistía y la intervención en la guerra de independencia italiana en 1859 que propició el alejamiento de la Iglesia, el tratado de librecambio firmado con el Reino Unido en 1860, incremento de las competencias del Consejo General y las municipalidades a partir de 1863 acompañado de otras medidas de descentralización que pudiesen salvar *in extremis* el anclaje en el medio rural, liberalización de la prensa y del derecho de reunión en 1868, así como el último plebiscito de mayo de 1870 que ratificó una nueva constitución de carácter liberal y parlamentario. En las propias filas del bonapartismo se entendió de ese modo: «La sociedad moderna es hija de los principios de 1789, y el Imperio, representante y guía de esta sociedad, debe permanecer esencialmente liberal»¹⁰¹.

El nuevo Imperio liberal no supo resistirse, aun con todo, a la tentación de la gloria militar que estaba en sus raíces. La facción más autoritaria, que nunca vio con buenos ojos la deriva parlamentarista, empujó a la guerra contra Prusia y cavó en la batalla de Sedán la tumba del Imperio, aunque paradójicamente, fue aquella la corriente que se hizo con las riendas del bonapartismo a partir de entonces, fijando en adelante el bonapartismo a la familia de las derechas francesas¹⁰². Desde su prisión y posterior exilio, Luis Napoleón aún reclamaba: «Tan solo un gobierno fruto de la soberanía nacional y que se eleve por encima de las facciones tendrá la fuerza necesaria para traer de nuevo la concordia y la paz»; «Un régimen no sancionado por el recurso de la llamada al pueblo es ilegítimo»¹⁰³. *L'appel au peuple* fue efectivamente el nombre que sus seguidores adoptaron como marca electoral en el nuevo escenario de la III República, pero no fue capaz de superar el problema de las facciones ni siquiera en su seno: dividido entre los más conservadores, a cuya cabeza se encontraba Rouher, y los partidarios del más republicano Jérôme Napoléon, el bonapartismo postimperial conoció no obstante algunos triunfos electorales a partir de 1872, y llegó a contar con hasta 107 diputados en 1877, convirtiéndose en la primera fuerza de oposición. Pero la obligada dimisión del

¹⁰¹ Cassagnac, 1860, p. 30.

¹⁰² Rémond, 1968, pp. 125-126.

¹⁰³ Cit. en Nadal, 2019, p. 10.

presidente Mac Mahon y la muerte en Sudáfrica del Príncipe heredero en 1879 supusieron su estocada final.

Arruinado por los esfuerzos propagandísticos, minado por las divisiones y la insuficiencia organizativa de su implantación territorial, definitivamente más conservador que demócrata, el bonapartismo acabó siendo fagocitado por la «Union des Droits» (1881) primero y el *boulangismo* después (toda vez que se abandona la querrela por el heredero legítimo para apostar por la idea del «hombre providencial», fuera cual fuera su apellido). Las posturas frente al caso Dreyfus ahondaron las divisiones; con el cambio de siglo los comités plebiscitarios siguieron existiendo, pero abandonaron ya toda idea imperial en favor de la elección directa del presidente de la República y, en algunos casos, coquetearon con las nuevas extremas derechas. La disolución definitiva del *Appel au Peuple* no llegaría hasta 1939, pero aún sobrevivió un Comité central bonapartista en Córcega, empeñado en mantener «la herencia política de ambos imperios»¹⁰⁴, que obtuvo su último alcalde en Ajaccio en 1977, y eligió para la Asamblea Nacional en 1995 a su último diputado bonapartista.

La inadaptación creciente de una idea monárquica, una inspiración autoritaria y una tradición fundamentalmente rural a los nuevos usos de la sociedad francesa del siglo XX, madurada ya en el ejercicio del sufragio universal, hicieron en todo caso del bonapartismo un anacronismo político: «El bonapartismo estaba *históricamente superado*. Al convertirse en una parte de la derecha, perdió su razón de ser»¹⁰⁵. Se extinguía así con el viejo siglo una corriente fundamental de la vida política francesa.

IV. Conclusiones: ¿una excepcionalidad francesa?

«Los franceses se inclinan instintivamente al poder; no aman la libertad, y sólo la igualdad es su ídolo; pero la igualdad y el despotismo tienen alianzas secretas. Bajo estos dos aspectos, Napoleón tenía su origen en el corazón de los franceses, militarmente inclinados al poder, democráticamente adictos a la igualdad. En el trono, hizo sentarse al pueblo con él; rey proletario, humilló a los reyes y a los nobles de las antecámaras, y niveló las clases...»¹⁰⁶

¹⁰⁴ *Ibid.*, 2019, p. 20.

¹⁰⁵ Bluche, 1984, p. 173.

¹⁰⁶ Chateaubriand, 1899-1900, T. 4, p. 85.

Con estas palabras el vizconde de Chateaubriand situaba el origen de la deriva bonapartista en un supuesto temperamento típicamente francés; una inclinación hacia la igualdad y la nivelación social por encima de la libertad al que también apuntaba Tocqueville, haciéndolo extensible a las nuevas sociedades democráticas. La cuestión de si el bonapartismo es un fenómeno exclusivamente francés o aplicable a cualquier otro contexto semejante ha ocupado ampliamente el debate académico: y mientras que Frédéric Bluche, en su obra clásica *Le Bonapartisme* defendía la tesis de esa supuesta excepcionalidad francesa, restringida además a las circunstancias del siglo XIX, los críticos del *gaullismo* (así como mucha de la interpretación académica posterior, entre la que destaca el trabajo de Rémond) no dudaron en ver en el régimen presidencialista de la V República, surgido de la crisis argelina de 1958 y sostenido durante una década a través del recurso a los referéndums, la penúltima metempsicosis del bonapartismo.

Marx y Engels creyeron hallar igualmente características del gobierno bonapartista en Bismarck¹⁰⁷, algo que más recientemente han tratado de desestimar autores como Tim Blanning¹⁰⁸, lo que no obsta que fuera percibido como tal por sus contemporáneos: Max Weber, en su análisis del cesarismo, extrapolaró la experiencia francesa aplicándola no sólo a la Alemania de su tiempo, sino a lugares tan alejados como Gran Bretaña y Estados Unidos, recalcando que no era incompatible con las instituciones parlamentarias ni con la monarquía¹⁰⁹. Todavía en los años 20 y 30 del siglo XX se tiró del concepto de bonapartismo para caracterizar a los nuevos regímenes fascistas: así lo utilizó Trotsky, siguiendo la interpretación marxista del *18 Brumario*, al entender el bonapartismo como una elevación del poder estatal por encima de la sociedad debido a una extrema agudización de la lucha de clases: «Un gobierno del sable como juez-árbitro de la nación: precisamente eso se llama *bonapartismo*»¹¹⁰. Semejante análisis realizó Gramsci al señalar el fracaso del liberalismo a la hora de trabar una relación «hegemónica» y movilizar el consentimiento necesario, lo que aupó a soluciones autoritaristas durante la crisis socio-política

¹⁰⁷ Hewlett, 2007, p. 406.

¹⁰⁸ Blanning, 2004.

¹⁰⁹ Weber [1917], pp. 130-271.

¹¹⁰ Trotsky [1934], 2004, p. 390. La crítica trotskista del bonapartismo habría alcanzado incluso al estalinismo (conf. Kondratieva, 1989).

de entreguerras¹¹¹. En el espectro ideológico opuesto, Carl Schmitt ensalzaba el «decisionismo» de un poder de emergencia y una dictadura comisarial, a la manera del precedente romano¹¹². No sería hasta Hannah Arendt y su concepción del totalitarismo como fenómeno propio y nuevo de mediados del siglo XX que la equiparación caería finalmente en desuso.

Patología de las sociedades democráticas, o fase de aprendizaje en la nueva política de masas, en la caracterización del bonapartismo probablemente se hizo excesivo hincapié en los paralelismos entre el Primer y el Segundo Imperio, obviando las evidentes diferencias entre ambos regímenes. Porque ni siquiera el régimen de Napoleón III, en su evolución desde posicionamientos autoritarios hacia políticas liberales, permaneció idéntico a sí mismo. Y es que el bonapartismo, capaz de despertar adhesiones tanto a izquierda como a derecha, ha sido siempre una doctrina-camaleón, clave en el origen de su éxito como en su caída; el bonapartismo buscó siempre la unidad nacional por encima de las divisiones partidistas, pero él mismo no fue nunca capaz de superar las disensiones: tratando de aunar los principios del 89 con la doctrina de la Iglesia, la democracia con la herencia monárquica, el reformismo social con el liberalismo, escindido entre el autoritarismo conservador y el populismo jacobino, constituyó una especie de precursor del *catch-all party* contemporáneo, con bases «ines- tables y muy volátiles»¹¹³. Marx y otros contemporáneos coincidieron en señalar sus flagrantes contradicciones: Guizot apuntaba que «Es demasiado ser al mismo tiempo una gloria nacional, una garantía revolucionaria y un principio de autoridad», y el publicista Prévost-Paradol vaticinaba ya poco después del golpe de Estado: «[El buen tirano] no podrá conciliar milagrosamente el trabajo y el capital, no aliviará a la agricultura sin aplastar al comercio, a los pobres sin exasperar a los ricos; no podrá ser al mismo tiempo Thiers y Proudhon. Tendrá que elegir, y el día que elija, estará perdido». Hasta el propio Napoleón III reconocía, en una de sus citas comúnmente atribuidas más famosas: «Se quejaban de que las cosas no marchasen del todo bien en mi gobierno. ¿Cómo podría ser de otra manera? La Emperatriz es legitimista, Morny es orleanista, yo soy republicano. Sólo hay un bonapartista, Persigny, y es un tanto alocado...»¹¹⁴.

¹¹¹ Fontana, 2004.

¹¹² McCormick, 2004.

¹¹³ Hewlett, 2007, p. 421.

¹¹⁴ Marx, 2003, p. 172; Cit. de Guizot en Rémond, 1968, p. 106; Prévost-Paradol, 1851, en Gréard, 1894, p. 181; palabras de Napoleón III en Bluche, 1984, p. 173.

Bibliografía

- Avis aux libéraux, par un libéral*, A. Bobée, París, 1818.
- BAEHR, Peter, «Bonapartism», en OUTHWAITE, William (ed.), *The Blackwell Dictionary of Modern Social Thought*, Blackwell Publisher, Cornwall, 1993.
- BAEHR, Peter, «Max Weber and the Avatars of Caesarism», en BAEHR y RICHTER (eds.), *Dictatorship in History and Theory. Bonapartism, Caesarism, and Totalitarianism*, Cambridge University Press, 2004, pp. 155-174.
- BAEHR, Peter y RICHTER, Melvin, «Introduction», *Dictatorship in History and Theory. Bonapartism, Caesarism, and Totalitarianism*, Cambridge University Press, 2004, pp. 1-26.
- BARNI, Jules, *La Morale dans la démocratie*, París, 1868.
- BLANNING, T. C. W., «The Bonapartes and Germany», en BAEHR y RICHTER (eds.), *Dictatorship in History and Theory. Bonapartism, Caesarism, and Totalitarianism*, Cambridge University Press, 2004, pp. 53-67.
- BISSON, A. P., *Quelques mots sur la quatrième dynastie et la démocratie nouvelle en France*, Giraudet et Jouaust, París, 1854.
- BLUCHE, Frédéric, *El Bonapartismo*, Fondo de Cultura Económica, México DF, 1984.
- BONAPARTE, Louis-Napoléon, *Extinction du paupérisme*, Pagnerre, París, 1844.
- BONAPARTE, Louis-Napoléon, *Œuvres complètes de Louis-Napoléon Bonaparte*, Librairie Napoléonienne, París, 1848.
- BRUYÈRE-OSTELLS, Walter, «De l'héritage politique napoléonien à la formulation du césarisme démocratique (1814-1848)», *French Politics, Culture & Society*, 31/2, 2013, pp. 1-14.
- CANDAR, Gilles, *Histoire des gauches en France. Vol. 1: L'héritage du XIX^e siècle*, La Découverte, París, 2005.
- CARVER, Terrel, «Marx's Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte: Democracy, Dictatorship, and the Politics of Class Struggle», en BAEHR y RICHTER (eds.), *Dictatorship in History and Theory. Bonapartism, Caesarism, and Totalitarianism*, Cambridge University Press, 2004, pp. 103-128.
- CHATEAUBRIAND, François-René, *Mémoires d'outre-tombe*, E. Biré, París, 1899-1900.
- CHAUTARD, Louis, *La Démocratie napoléonienne*, París, 27 de enero, 1852.
- CHOFFAT, Thierry, «Le bonapartisme est pragmatique» (entrevista), *Napoléon III*, 28/02/2019, pp. 22-23.
- COGAN, Charles, «Les grands axes de la présidence Sarkozy à l'international», *Revue internationale et stratégique*, 2010/1, 77, pp. 87-92.
- CONSTANT, Benjamin, *De l'esprit de conquête et de l'usurpation, dans leurs rapports avec la civilisation européenne*, Hanover, 1814.
- COUTURE, Louis, *Du gouvernement héréditaire de la France et des trois partis qui s'y rattachent*, Michel Lévy, París, 1850.

- COUTURE, Louis, *Du Bonapartisme dans l'histoire de France, ou des Conditions nouvelles de l'autorité politique*, Michel Lévy, París, 1852.
- DAUMIER, Honoré, *Le Charibari*, 30 de abril 1870 [consultado en red el 27/09/2019: http://www.wikigallery.org/wiki/painting_226253/Honor%E9-Daumier/Caroon-about-the-plebiscite-of-8th-May-1870].
- DONA, Alexandre, «Le macronisme: le retour du populisme bonapartiste?», *Les cahiers de psychologie politique*, 32, enero de 2018.
- DONOSO CORTÉS, Juan, «Discurso sobre la dictadura», *Obras de Don Juan Donoso Cortés, marqués de Valdegamas*, T. III, Imprenta de Tejado, Madrid, 1854.
- DUHAMEL, Alain, «Sarkozy: un bonapartisme de crise», *Libération*, 30, octubre de 2008.
- FONTANA, Benedetto, «The Concept of Caesarism in Gramsci», en BAEHR y RICHTER (eds.) *Dictatorship in History and Theory. Bonapartism, Caesarism, and Totalitarianism*, Cambridge University Press, 2004, pp. 175-196.
- FONTANA, Benedetto, «La République bonapartiste de Nicolas Sarkozy», *Libération*, 3 de junio de 2015.
- GABORIAUX, Chloé, *La République en quête des citoyens: Les républicains français face au bonapartisme rural (1848-1880)*, Presses de la Fondation Nationale de Sciences Politiques, París, 2010.
- GAYET DE CÉSENA, Amédée, *Les Césars et les Napoléons*, Amyot, París, 1856.
- GLIKMAN, Juliette, «Vœu populaire et bien public (1852-1870)», *Parlement(s), Revue d'histoire politique*, 2008/3, 4, pp. 87-97.
- GLIKMAN, Juliette, *La monarchie impériale. L'imaginaire politique sous Napoléon III*, Nouveau Monde Éditions, París, 2013.
- GLIKMAN, Juliette, «La démocratie césarienne», *Parlement(s), Revue d'histoire politique*, 2014/3, 22, pp. 93-105.
- GRANIER DE CASSAGNAC, Adolphe, *L'Empereur et la démocratie moderne*, E. Dentu, París, 1860.
- GRANIER DE CASSAGNAC, Adolphe, *Récit authentique des événements de décembre 1851 à Paris et dans les départements*. E. Dentu, París, 1869.
- GRÉARD, Octave, *Prévost-Paradol: étude, suivie d'un choix des lettres*, Hachette, París, 1894.
- HAZAREESINGH, Sudhir, *From subject to citizen: The Second Empire and the Emergence of Modern French Democracy*, Princeton University Press, 1998.
- HAZAREESINGH, Sudhir, «Bonapartism as the Progenitor of Democracy. The Paradoxical Case of the French Second Empire», en BAEHR y RICHTER (eds.), *Dictatorship in History and Theory. Bonapartism, Caesarism, and Totalitarianism*, Cambridge University Press, 2004, pp. 129-152.
- HAZAREESINGH, Sudhir, *La Saint-Napoléon: quand le 14 Juillet se fêtait le 15 août*, Tallandier, París, 2007.

- HEWLETT, Nick, «Nicolas Sarkozy and the Legacy of Bonapartism. The French Presidential and Parliamentary Elections of 2007», *Modern & Contemporary France*, 15/4, noviembre de 2007, pp. 405-422.
- JULLIEN, Marc-Antoine, *Quelques réflexions sur l'esprit qui doit inspirer les écrivains politiques, amis de la patrie et du Roi, et diriger les membres des collèges électoraux dans le choix des nouveaux députés*, E. Babeuf, París, 1815.
- KONDRATIEVA, Tamara, *Bolcheviks et Jacobins: itinéraire des analogies*, Payot, París, 1989.
- LES CASES, Emmanuel, *Mémorial de Sainte-Hélène*, París, 1823.
- LINDENBERG, Daniel, «Politique de Napoléon. Le bonapartisme existe-t-il?», *Esprit*, 2006/1, pp. 20-41.
- LOSURDO, Domenico, *Democrazia o Bonapartismo. Trionfo e decadenza del suffragio universale*, Bollati Boringhieri, Roma, 1993.
- LYONS, Martin, «Debate: Napoleon and the revolutionary potential of Bonapartism», *Modern & Contemporary France*, 8(4), 2000, pp. 507-514.
- MAGRAW, Roger, *France 1815-1914. The Bourgeois Century*, Oxford University Press, 1983.
- MARX, Karl, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Alianza, Madrid, 2003.
- MCCORMICK, John P., «From Constitutional Technique to Caesarist Ploy: Carl Schmitt on Dictatorship, Liberalism, and Emergency Powers», en BAEHR y RICHTER (eds.), *Dictatorship in History and Theory. Bonapartism, Caesarism, and Totalitarianism*, Cambridge University Press, 2004, pp. 197-220.
- MÉNAGER, Bernard, «Forces et limites du bonapartisme populaire en milieu ouvrier sous le Second Empire», *Revue Historique*, T. 265, 2/538, abril-junio de 1981, pp. 371-388.
- MÉNAGER, Bernard, *Les Napoléons du peuple*, Aubier, París, 1988.
- NATAL, Frédéric de, «L'Appel au peuple. Une histoire du bonapartisme», *Napoléon III*, 46, 28/02/2019.
- PALACIOS CEREZALES, Diego, «Petitioning for Empire in Napoleonic Europe», *Journal of Modern European History*, vol. 18/1, 2020, pp. 96-114.
- PALACIOS CEREZALES, Diego, «France Speaks! Petitioning for Louis-Napoleon in 1851», *French Historical Studies*, 2020b, 43(3), pp. 421-450.
- PÉREZ DÍAZ, Víctor, *State, bureaucracy and civil society*, Palgrave Macmillan, Londres, 1978.
- PIETRI, François, *Napoléon ou la dictature enchaînée*, Fayard, París, 1955.
- RÉMOND, René, *La Droite en France*, Aubier, París, 1968 / *Les Droites en France* (reed.), 1982.
- RICHTER, Melvin, «Toward a Concept of Political Illegitimacy: Bonapartist Dictatorship and Democratic Legitimacy», *Political Theory*, 10/2, mayo de 1982, pp. 185-214.
- RICHTER, Melvin, «Tocqueville and French Nineteenth-Century Conceptualizations of the Two Bonapartes and Their Empires», *Dictatorship in History*

- and Theory. Bonapartism, Caesarism, and Totalitarianism*, Cambridge University Press, 2004, pp. 83-101.
- RICHTER, Melvin, «A Family of Political Concepts: Tyranny, Despotism, Bonapartism, Caesarism, Dictatorship, 1750-1917», *European Journal of Political Theory*, 4/3, julio de 2005, pp. 221-248.
- RICHTER, Melvin, «The Concept of Despotism and l'abus des mots», *Contributions to the History of concepts*, abril de 2007, 3/1, pp. 5-22.
- ROMIEU, Auguste, *L'ère des Césars*, Ledoyen, París, 1850.
- ROSANVALLON, Pierre, *Le Peuple introuvable. Histoire de la représentation démocratique en France*, Gallimard, París, 1998.
- STAËL, Germaine de, *Considérations sur la Révolution Française, III. Œuvres Complètes*, T. XIV, Louis Hauman, Bruselas, 1830.
- TALMON, J. L., *The origins of the Totalitarian Democracy*, Secker & Warburg, Londres, 1952.
- TOCQUEVILLE, Alexis de, *De l'Ancien Régime et la Révolution*, Michel Lévy, París, 1860.
- TOCQUEVILLE, Alexis de, *Œuvres complètes, vol. III: Œuvres, papiers et correspondances: Écrits et discours politiques*, Gallimard, París, 1951.
- TOCQUEVILLE, Alexis de, *Correspondence and Conversations of Alexis de Tocqueville with Nassau William Senior, 1834-1859*, 2 vols., M. C. M. Simpson, Nueva York, 1968.
- TOCQUEVILLE, Alexis de, *La democracia en América* (ed. Nolla), Trotta, Madrid, 2010.
- TROPLONG, Raymond-Théodore, *Du principe d'autorité depuis 1789*, Plon, París, 1853.
- TROTSKY, León, *La lucha contra el fascismo*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2004.
- WARMINGTON, Edward M., *Qu'est-ce que le Bonapartisme? Le salut de la France*, Ledoyen, París, 1852.
- WEBER, Max, *Political Writings*, Cambridge University Press, 1994.

Datos de la autora

Nere Basabe es Profesora Contratada Doctora en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Madrid. Doctora en Ciencias Políticas por la Universidad Complutense, ha trabajado como investigadora posdoctoral en Sciences-Po París y en la Universidad del País Vasco. Es especialista en Historia de las ideas y los lenguajes políticos del siglo XIX en Francia y en Europa. Recientemente ha coordinado el monográfico «Alexis de Tocqueville: nuevas miradas» para la revista Araucaria (n.º 42, 2019), en el que se incluye su artículo «Tocqueville y el socialismo», así como el monográfico «El Trienio liberal español, modelo transnacional de pedagogía política» (revista Historia y Política, n.º 45, 2021).